

ORGANIZACIÓN MILITAR

La organización militar efectiva, en el pueblo que estudiamos, se presenta en los dos últimos períodos de su desarrollo cultural. Sin embargo, parece que erramos al creer que en los primeros períodos no existía una verdadera técnica militar entre los mochicas, que los guerreros iban al campo de batalla sin plan previo y sin desarrollar la táctica que las circunstancias del lugar y de la lucha requerían.

En los primeros períodos, si bien vemos representaciones de algunos guerreros que utilizan mazas y escudos, no encontramos las insignias que denotan jerarquía ni tampoco escenas bélicas, que sí son numerosas en las pictografías y esculturas de los dos últimos períodos de la cerámica mochica. De las pictografías deducimos que había dos tipos de lucha: de larga distancia, que posiblemente iniciaba el primer contacto entre los ejércitos contendientes, y luego, la lucha cuerpo a cuerpo, que finalizaba la acción. Creemos que al trabar combate, el encuentro se iniciaba en el momento en que los ejércitos se ponían a tiro de estólica. En ese instante, los grupos de combatientes, diestros en el manejo de la estólica, lanzaban contra el enemigo una lluvia de agudos dardos. Inmediatamente después se iniciaba la carga de los beligerantes, armados de maza y escudos, y se entablaban, entre gritos ensordecedores y denuetos, las acciones de cuerpo a cuerpo con toda su dramática y salvaje brutalidad (Fig. No. 248).

Mucho nos hizo pensar el largo de las lanzas que hemos encontrado. Nos llamó poderosamente la atención que los guerreros mochicas, que llevaban a los prisioneros, pudieran portar los vestidos de éstos en el extremo de sus mazas. Por el tamaño se pueden considerar como jabalinas de gran peso, aunque no podemos afirmar que se utilizaran como las lanzas de las legiones romanas. De haberlas colocado hacia adelante en los combates, los guerreros mochicas hubieran formado verdaderas murallas difíciles de vencer.

En esta lucha porfiada –donde la astucia y la fuerza física, unidas a la superioridad en número, tenían que imponerse– jugaban un gran rol los escudos, que generalmente eran pequeños y de construcción muy sólida. Dadas sus pequeñas dimensiones y al ser colocados en la mano izquierda de quienes los

utilizaban, permitían parar con rapidez y desenvoltura los recios golpes de maza (Fig. No. 249).

El guerrero mochica estaba singularmente equipado para hacer frente a los más tremendos encuentros cuerpo a cuerpo. Llevaba protegidas ambas muñecas: en la izquierda, el escudo; en la derecha, una sólida muñequera. Esta última cumplía un importantísimo objetivo: al golpearse con las mazas, era lógico que la una resbalara sobre la otra, y daba como resultado que con frecuencia, al detener el golpe, la parte más pesada cayera sobre la muñeca del brazo que sostenía la maza. Servía, pues, la muñequera de gran protección, sin la cual un solo golpe en el brazo inutilizaba al guerrero.

Con nuestra observación y el apoyo de las escenas guerreras pictografiadas podemos trazar, con gran claridad, los cuadros de lo que fueron las guerras mochicas por el denueto de los combatientes.

Después de los choques a distancia y cuerpo a cuerpo horriblemente sangrientos, y una vez dominado el enemigo, empezaba la venganza: su obra de destrucción, que era terrible, despiadada. Los prisioneros eran despojados de sus armas y de sus vestidos para ser luego golpeados hasta concluir con ellos (Fig. No. 250). Una vez victimados, se separaba la cabeza del tronco. La cabeza, utilizada como trofeo de guerra, era ensartada por la boca y la tráquea. Al regreso de la batalla los vencedores conducían las cabezas de sus enemigos cogidas por los pelos o ensartadas y exhibían también los sanguinolentos brazos, piernas y órganos genitales de los vencidos, que pendían de sus manos crispadas.

Los prisioneros a quienes se les concedía momentáneamente el don de la vida eran llevados, sujetos por el cuello y las manos, con sogas (Figs. Nos. 251, 252, 253 y 254). El tratamiento que recibían –una vez presentados a los jefes o jueces militares, quienes hacían recaer sobre ellos los castigos que juzgaban necesarios– era cruel. A algunos se les utilizaba para los sacrificios humanos dedicados a los dioses mochicas.

El ejército mochica, como ya hemos dicho al explicar la organización política de este pueblo, era conducido a las batallas por sus jefes en persona, de cuya experiencia y sabiduría dependía el éxito de la empresa.

La complicada maquinaria del ejército exigió un sistema especial de comunicaciones que permitiera transmitir todos los incidentes y detalles de la contienda o pedir auxilio en caso necesario. Por eso vemos que



Fig. No. 248.- Escena de sangrienta batalla, según un vaso pintado. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1539)

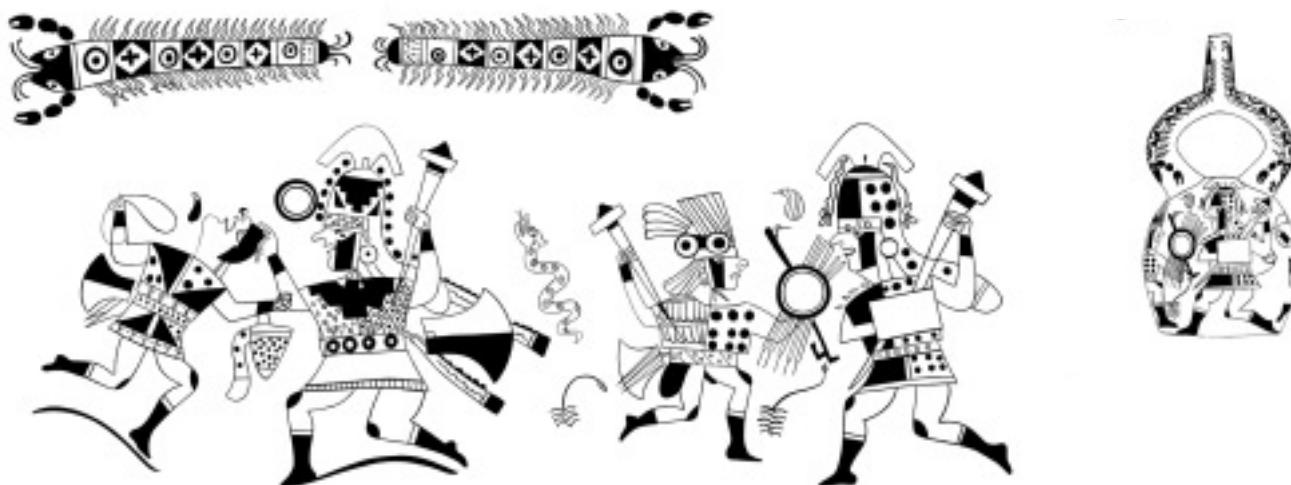


Fig. No. 249.- Victoriosos, los guerreros mochicas regresan conduciendo prisioneros, según escena tomada de un vaso acampanulado. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1544)



Fig. No. 250.- Escena pictórica que revela la práctica de los descuartizamientos a los que eran sometidos los guerreros vencidos. Tomada de la Revista *Lima*, Vol. I, 1923, pag. 379.



Fig. No. 251.- Victoriosos, los guerreros mochicas regresan conduciendo prisioneros, según escena tomada de un vaso acampanulado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1558)



Fig. No. 252.- La vuelta de los guerreros mochicas conduciendo prisioneros. Nótese los atavíos, las armas y los demás utensilios.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1553)



Fig. No. 253.- Interesante escena pictórica del traslado de los prisioneros por los guerreros mochicas.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (1554)

dentro de la institución encargada de la redacción y desciframiento de los mensajes hay personas destinadas al servicio militar, identificadas por su especial manera de vestirse y por las insignias características del guerrero: llevan como adorno en la cabeza el instrumento cortante a manera de media luna, ya descrito en párrafo aparte y similar al de los guerreros comunes.

También caminaban con los ejércitos los descifradores de los mensajes y a ellos aluden los zorros vestidos de guerreros que asoman en las escenas bélicas aportadas por el arte mochica. Además, en la plástica aparecen los zorros en actitud de defensa ante el ataque de sus enemigos. En las representaciones bélicas, los venados simbolizan a los mensajeros guerreros. Igualmente, en las representaciones escultóricas apreciamos la presencia de vigías, ubicados en lugares altos y en las proximidades de los ejércitos.

Las escenas de choques armados también indican que las batallas fueron frecuentes y que los mochicas tuvieron que soportar serias invasiones de los pueblos vecinos a medida que avanzaba su expansión territorial. De allí que se preocuparan de que en todos los lugares que conquistaban reinara la paz y la tranquilidad, para de esa manera imponer fácilmente sus usos y costumbres, y les dotaran luego de servicios que aseguraran la defensa y destrucción del enemigo, como fueron las fortalezas y murallas que, como veremos en el acápite siguiente, alcanzaron gran importancia.

No podemos menos de describir en este capítulo la hermosa escena que presentamos (Fig. No. 255). De gran simbolismo, sus representaciones llenas de realismo son toda una historia guerrera. El cántaro del cual hemos calcado las escenas fue hallado en el valle de Virú y pertenece al cuarto período. La lámina está dividida en tres secciones. Comenzaremos por la superior, para después pasar a la media y luego a la inferior.

Dentro del círculo que corona el cántaro, hallamos todo el ropaje y las armas de guerreros cuidadosamente añadidos. Vemos la carrillera, el casquete con sus orejeras, el cuchillo ornamental que lo corona y el turbante que asegura el gorro; la camisa, la faja que servía para ceñirla al cinto y el faldellín; también el cuchillo ornamental que colgaba del cinto, y para completar esta indumentaria guerrera, observamos la presencia del escudo, de la maza contundente y de dos estólicas. Todas estas piezas han sido animadas al agregarles cabezas humanas y pies. Como

se trata de una escena guerrera especialmente relacionada con el abastecimiento de indumentaria y armas de los ejércitos mochicas, el artista animó estas piezas en el anhelo de demostrar acción y movimiento.

En la franja media aparece una escena completa, por demás interesante. Lamentablemente el calco nos ha obligado a dividirla, pues las caras que aparecen en el centro deberían estar en el extremo izquierdo. Fiel al método de expresar simbólicamente las escenas de la vida real, el artista trabaja con lujo de detalles.

Comenzaremos por la descripción de las casas o, mejor dicho, de las ramadas que servían posiblemente para cobijar a los grandes jefes. Existían dos hileras de éstas. Las primeras adornadas con mazas guerreras y las segundas, más sencillas y pequeñas, colocadas en la parte superior de las primeras para dar idea de la perspectiva. La línea con el signo escalonado que inicia la escena ha sido colocada allí para dar la sensación de altura. Las casas están deshabitadas; sólo vemos en ellas los vasos que utilizaban los grandes jefes para arrojar los desperdicios. En unos de ellos hay dos pequeños pajarillos que, a no dudarlo, comen los desperdicios que han quedado en los vasos. Encontramos dentro de una de estas decoraciones también al pequeño tigrillo –signo del gran poder de uno de los jefes– que ha quedado abandonado. En una de las casas observamos la presencia del ulluchu, símbolo del silencio entre los mochicas. Las casas están resguardadas por dos individuos, uno de los cuales tiene en sus manos una barra; al parecer son mutilados. Frente a las casas, y de gran tamaño, distinguimos a la lechuza antropomorfizada, ataviada con toda la vestimenta guerrera, cargando en su brazo derecho el escudo, la maza y la honda. Al frente y en el plano superior vemos, en actitud de hablar, a una mujer que con la mano izquierda está mostrando toda la indumentaria y armamento guerrero que se encuentra en el sector del lado izquierdo. Poco más abajo vemos al perro antropomorfizado, el escudero del personaje simbólico del guerrero. También con su mano izquierda y como si estuviera dirigiéndole la palabra, señala con la punta del dedo el menaje de guerra. Siguen a estos personajes dos aljabas de dardos, turbantes guerreros, estólicas, trompetas, cintos, dardos, y remata la escena con una mujer dedicada a la confección de fajas. La mayor parte de estos implementos han sido animados.



Fig. No. 254.- Un prisionero atado.
Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera (061-007-007)

En el plano inferior aparecen los guerreros totalmente ataviados, y en el extremo izquierdo inferior, en actitud de iniciar la lucha, se ven dos personajes simbólicos continuamente ligados a las escenas guerreras. No puede ser más expresiva esta pictografía que nos muestra, primeramente, el abandono de los pueblos por las masas guerreras, y la organización y abastecimiento de todo el menaje que requerían. La escena nos dice a las claras que las mujeres eran las que confeccionaban la ropa y las armas. De allí que sea una mujer la que le ofrece al guerrero simbólico todo aquello que sea menester y que van a necesitar él y sus huestes en la batalla con el enemigo.

Todo lo descrito en este capítulo nos habla elocuentemente de la organización militar de los mochicas. Organización que podemos resumir en breves palabras: instituciones de mujeres en los pueblos destinadas a la confección de la indumentaria de los guerreros; jerarquías dentro del ejército como base de la disciplina; uso de

vigías en lugares apropiados para observar los movimientos del enemigo; señales dadas por trompetas en caso de ataques sorpresivos del enemigo, y carreteras que permiten la comunicación entre los centros de armas (fue tan importante esto último, que existió una institución de mensajeros del ejército con distintivo especial).

Cuanto más observamos las pictografías y las escenas guerreras, más nos convencemos de que los ejércitos mochicas no eran simples agrupaciones de hombres que se convocaban en el momento de peligro, sino que era una institución permanente, perfectamente organizada, a la cual se le dotaba de todos los implementos de guerra necesarios para el desempeño de su cometido. Esto explica por qué encontramos que todos los guerreros mochicas tienen las mismas armas y la misma indumentaria.

Todos los datos que aparecen en este breve estudio nos demuestran, pues, que la máquina de guerra mochica estaba dotada de todo lo necesario para su finalidad y que su organización era excelente.



Fig. No. 255.- Escena de gran simbolismo pictografiada sobre botella mochica del cuarto periodo. Museo Arqueológico Rafael Larco Herrera